

Toda la correspondencia  
AL ADMINISTRADOR  
**D. Pedro Motilba**  
RAMBLA DEL CENTRO  
Kiosco n.º 3

# La Saeta

SEMANARIO ILUSTRADO

PRECIOS  
DE SUSCRIPCIÓN  
—  
Semestre . . . 6 Ps.  
Un año . . . 11 »  
EXTRANJERO  
Un año . . . 17 »

AÑO XI

BARCELONA 25 DE ENERO DE 1900

Núm. 479



¡QUIEN MÁS MIRA MENOS VÉ!



## POR CREER EN DIOSAS

Cuando el mancebo, Francisco Rivas por más señas, cumplió los quince años y pudo entender algo de las cosas de la vida, se le apareció la diosa de la Verdad, una hembra estupendamente hermosa.

En la diestra mano sustentaba un globo de fuego que proyectaba por delante de ella, según iba caminando, haces de luz blanca, y su traje era de gasa, tan cristalina y transparente, que más parecía de hielo adaptado á su cuerpo en láminas delgadas.

La urdimbre de la tela delataba las curvas y morbideces de la diosa que, tan perfecta de líneas como si la hubiera modelado Praxiteles, era ramillete de amores y sonrisas para la Estética, y manajo de desdenes y desabrimientos para la Lubricidad.

Ni sus carnes blancas, ni el negror de sus ojos, ni el cabello atezado con reflejos de azul de mar; nada en ella complacía á la sensibilidad externa, guardándolo todo para solaz y deleite del espíritu.

La diosa de la Verdad atrajo hacia sí al mancebo.

—Atiende, rapaz, un consejo, y si lo cumples tal y como yo te lo dé, ha de labrar tu felicidad eterna, asegurando á toda hora la tranquilidad de tu conciencia.

Eres todavía muy niño, demasiado, para saber hasta dónde has de subir; pero si sigues la senda que yo te he de trazar, ten la seguridad de que todo cuanto ambicio-

nas en ese mundo que todavía se te aparece brumoso, rodeado de la neblina con que se le forja tu imaginación soñadora; todo, ciencia, amor, talento, dinero...

—Dinero nó, replicó el joven con un mohín de asco.

Miróle entonces ella con más atención, como escudriñando en el fondo del saco de sus ideas, y se cercioró de que el joven no mentía.

—Mejor, nada de oro. Tendrás á tu alcance amor, amistad, sabiduría, bienestar, gloria...

—Dí, ¿qué he de hacer?

—Ser honrado y leal para con los otros; respetarlos en sus flaquezas y tenderles la mano cuando vacilen; estudiar mucho, hasta *comerte* los libros, sin que te produzcan *empacho* en el cerebro; ser humilde de frase, aunque inmodesto de ideas; y sobre todo, haz una cosa excelente en que se resumen las doctrinas de toda Moral; no mientas nunca.

—No mentaré.

—Además, no sólo debes de ser veraz en todas tus cosas, sino que quedas obligado á protegerme allí donde veas que el hipócrita me humilla.

—Si eso basta al logro de mis propósitos, te lo prometo.

—¡Magnífico! Ahora pertréchate de tus libros y de tus ilusiones; guarda mis máximas, y marcha á la ciudad á emprender con empuje tus estudios.

El joven huyó de allí á buen paso, corriendo casi, protegido por la luminaria que despedía el globo de la diosa la Verdad, que, con el postrero rayo de luz, le remitió un beso volado, confundido con rumorosas frases de bendición.

II

—¿El señor don Francisco Rivas...?

—Yo soy, dijo el aludido poniéndose en pie.

—Vamos á ver. ¿Cuál es el concepto jurídico de *persona*? ¿Cuál su etimología? ¿Cómo se divide en *Derecho natural*?

Ignorante el joven de cuanto se le preguntaba, rebuscó allá, dentro del capítulo de excu-

sas. Luego, acordándose de lo prometido á la diosa, replicó con voz firme:

—Perdóneme usted, pero no sé la lección.

—Ya, ya; pues nada, con una raya apuntada en este cuadernillo sale usted del paso. ¿Tan graves ocupaciones le agobian, que no ha podido dedicar un rato á una materia de las más fáciles y útiles en toda la asignatura?

—No ha sido falta de tiempo, sino sobra de pereza, señor catedrático. No he logrado una hora en que me complaciera el estudio, y por más esfuerzos que he intentado, la lección no ha simpaticizado conmigo. Después ha ido rodando el libro á todo lo largo de mi gabinete, con acompañamiento de mal-

diciones, que se han extendido á usted mismo. Para que no haya caso, le advierto que mañana tampoco tendré ganas de aprenderme la lección: en cambio, le prometo que pasado mañana la podré decir tan á fondo como la diga el primer compañero de clase.

Maestro y discípulos se maravillaron de tan osada franqueza.

Los últimos salieron del aula, murmurando con conmisericordia: ¡Novato!...

No así el catedrático que, con el hartazgo de bilis, fué diciendo sordamente todo el camino: ¡Cinismo, cinismo puro! Ya le sentaré yo las costuras á ese barbilindo Diógenes.

III

El teatro estaba lleno aquella noche de bote en bote.

—¿Quién es aque-

lla beldad de la platea de la izquierda?, preguntó un joven, sentado hacia las primeras filas, á otro que á su lado se hallaba.

—La de Z: una mala mujer.

—No sabía yo que ese viejo hubiera podido conquistar tan asombrosa belleza.

—Z la *conquistó* y á él le dieron la *cruz*... del matrimonio, como el más arrojado y valiente. Los *pluses* los cobran sus amigos en moneda intachable; pero cállate, que allí viene.

—¿Callarme, cuando estoy buscando ocasión de abrirle los ojos?



POR LA CALLE.—LA ESPAÑOLA

## La Saeta

—Pero ¡hombre de Dios! ¿y las conveniencias sociales? ¿y los respetos debidos á...?

Rivas no le oía: se había plantado rotundamente delante del marido y le decía:

—Señor Z: comprenderá usted que no soy un bandido, sino un hombre de buena fe. Pues bien, vengo á asegurarle que su esposa le deshonor.

La gente que andaba por allí cerca oyó tres ó cuatro bofetones bien sonoros, exclamaciones de rabia y promesas de venganza.

A Rivas le valió su declaración el odio insaciable de una mujer bonita; la simpatía de media docena de esposas fieles; un balazo que á poco más le deja sin una pierna, y, lo que á él más le placía, el beneplácito de su conciencia extravagante, única, no igual á ninguna otra.

### IV

—Mucho gusto en conocerle: Fulánez, calle de tal, número tanto, usted dispone de mi inutilidad.

—Nada, caballero, nada. Sepa usted que esas fórmulas de sociedad me encocoran. Por consiguiente, no llego á la humillación de *besarle las manos*, ni incurro en la insustancialidad de *ofrecerle* una casa que para mí quisiera, amén de que mentiría abiertamente diciéndolo, porque no transijo con los huéspedes.

—¡Qué grosero!, murmura entre dientes el visitante, fluctuando entre sonreír ó abofetear.

Luego en voz recia dice:

—Es usted originalísimo. Vaya, abur, señor Rivas; que Dios le guarde.

—Mil gracias, aunque sé que está deseando que ese mismo Dios que invoca me regale unas perniciosas. Adiós, adiós, señor Fulánez; sepa usted que me es tan repulsivo que le agradecería no volviera á visitarme.

Fulánez vacila entre marcharse corrido ó arrojar á palos aquellas rarísimas ideas de la cabeza del hombre veraz.

—¿Para qué?—dice después, respondiendo él mismo á sus pensamientos.—No cabe duda: ese hombre padece monomanías.

### V

—¿El señor don...?

—En su despacho está. Tome usted asiento

un instante y le pasaré aviso inmediatamente.

—¿El señor don...?

—Servidor de usted.

—¿Servidor?... ¿Quiere limpiarme las botas?

—¡Caballero! ¿Viene usted á insultarme á mi propio domicilio?

—No se enoje por eso; pero como quería servirme...

—Lo decía por urbanidad, señor mío.

—¡Ah, vamos! Una mentirilla, señor... de su casa. Al grano, pues. He visto en un periódico que necesitaba usted una persona honrada, práctica en contabilidad, para desempeñar el puesto de cajero en la razón social que usted regenta, y aquí estoy. Veremos si es usted como la mayoría de los mortales que, por mi excesiva franqueza, que no puedo remediar, se niegan á prestarme ayuda. Y eso que soy hombre bastante instruído y honrado á carta cabal.

—Siento decirle, caballero, que el destino está ya ocupado por persona capaz.

—*Me complace en decirle, caballero, que el destino, etcétera*; así debía usted hablar si las palabras respondieran á los pensamientos. Lo dicho, estoy convencido de que este mundo, desde el ama de cría hasta el sepulturero, es una burla perpetua. Volviendo á nuestro asunto, puesto que he llegado tarde, hasta la vista y como si no hubiera venido.

—Justo. Creo que nuestra conferencia ha terminado.

—Ya me voy, hombre, ya me voy. Pero no sin traspasarle un consejo, dado mi natural espontáneo. Esas patillas rubias, en vez de darle á usted aspecto de hombre adinerado, le asemejan á un sirviente de cualquier café público. Un trapo blanco al hombro y empiezo á gritar: «¡Mozo, unos riñones al Jerez!» Y mire usted, no me vendrían mal, porque desde ayer no pruebo bocado.

—Me veré en la precisión de arrojar á usted de la oficina por medio de mis criados.

—Don Mengano, no se tome usted esa molestia, porque repito que ya me voy, satisfechísimo de haberle dicho media docena de verdades.

### VI

Ya viejo, con el medio siglo de vida bien andado, abatido y caduco, en uno de los días



STANDART

POR LA CALLE.—LA INGLESA

de más hambre, Rivas volvió á encontrarse con la diosa de la Verdad.

La mujer integérrima no era la de antes. Paseaba en coche: del vestido de cristal había fabricado brillantes falsos para sus orejas; el globo de luz yacía apagado, como si la deidad apetiesera las tinieblas; la tez había perdido su frescura y lozanía por virtud de los afeites. Vestía un traje de terciopelo y estaba enfundada en un abrigo de pieles.

—Ven acá, dijo el mísero Rivas reconociéndola; ven acá, falsa mantenedora de la verdad, verdadera encomiadora del embuste.

—¿Vienes á insultar, pazguato?, le respondió ella con una sonrisa impudente.

—Vengo á pedirte mi parte de felicidad que no he logrado en toda mi vida. ¿Dónde están la gloria, el talento, la ciencia; todo aquello que me ofrecías con fascinaciones de serpiente?

Le miró ella con lástima y exclamó:

—Todo eso está aquí, señalando á la frente de Rivas, y antes aquí también, posando su mano enguantada sobre su corazón. No has logrado nada por seguir mis necios consejos.

—De modo que mentiste; de manera que la verdad es un sueño, un mito...

—Un mito, chico, no, en toda la extensión de la frase; pero casi un mito.

—Sin embargo, la verdad prospera, en cuanto su panegirista viaja en coche y lleva abrigo de pieles.

—Prospera, sí, desde que apagó su globo de luz, luminaria de las miserias humanas; desde que dejó de ser la verdad adamita, para ser la verdad con *abrigo de pieles* precisamente; desde que al ceño suplantó la sonrisa, á la lisura

de la ingenuidad la miel de la cortesanía. Aunque te parezca todo lo contrario, apréndelo de una vez, por si todavía te deja tu prematura decrepitud llegar al logro de tus ambiciones: el hada de la Verdad ha trocado las oraciones descarnadas, lirondas y crudas de la Gramática por las *formas oblicuas* de la Retórica. Triunfo, impero y brillo; pero no del modo que yo quisiera. Por eso me veo en coche, por eso me pinto el rostro, y por eso se me acepta en la desgraciada sociedad de los hombres.

—Entonces tú no eres la de antes: el mundo ha llenado de légamo tu corazón y te ha hecho una miserable.

—Eso es una verdad *desnuda*: no las digas jamás así; acuérdate de lo del *abrigo de pieles*.

—No claudico: lo prometido se debe cumplir hasta la muerte, á menos que se trate de un canalla ó de una bribona.

—Tampoco se dice *bribona*: es una frase poco urbana, aunque, en este caso, una gran verdad.

Rivas se volvió casi loco, y en la media hora de plática con la diosa echó fuera toda la sarta de imprecaciones que le bullían en el alma.

Tanto increpó, que su antigua protectora, harta ya, fustigó á los caballos, pugnando por huir.

Y como Rivas aferrara, frenético, una de las ruedas del lujoso tren, ella prodigó á los nobles brutos media docena de fustazos más, que les hicieron patear de coraje. Arrancaron por fin, no sin arrastrar al hombre veraz que cayó en tierra ahogándole la llanta de la rueda.

La diosa de la Verdad mandó una sonrisa al cuerpo inanimado de su caballero andante, y escapó de allí á todo el galopar de sus bestias.

E. MARTÍN DE LA CÁMARA



EN LA AZOTEA.—PUNTO DE CANGÁN

## Hay un enfermo

(DEL CATALÁN)

**L**AS enfermedades tienen virtud y poder para convertir á todo el mundo en médico.

Cuando en la casa hay un enfermo de cuidado llega cierto momento en que intervienen cuantos vecinos hay, y no falla: todos conocen el remedio infalible que curaría al pobre moribundo.

Se llenan las habitaciones de gente curiosa y entrometida, que sobre perder el tiempo husmean vidas ajenas; ni lograrse puede que le dejen á uno morir en paz.

Suban ustedes á la habitación del que se vá acabando, y á la mitad de la escalera ya les producirá impresión penosa el olor á éter que todo lo penetra y envuelve. Hallarán la puerta entornada; el recibidor frío y desolado. Se pasa á la sala con íntimo recogimiento.

Sobre el velador y la cómoda hay multitud de botellas y vasos tapados con papel, y uno de ellos con una cuchara encima.

Conocerán ustedes por la expresión de los presentes, sólo con mirarles á la cara, quién es más enemigo del enfermo y hasta qué punto le estima. Se habla á media voz; se anda á puntitas y se suspira á menudo. Las puertas del cuarto se abren y cierran con tino. Se forman diversos grupos. Escuchen lo que hablan:

—Digo yo, señora Teresa, que el médico no entiende pelota; sino veamos: ¿á un hombre de su complexión dónde se ha visto que se le sangre?

—Mire, señora Lutgarda, sino que hay cosas en que no debe meterse una; pero yo lo he dicho desde el primer instante; porque la víspera de meterse en cama no me gustó la cara que ese buen señor traía; y á la tarde siguiente, cuando me enteré de que estaba enfermo,

dije para mí: lo que ocurre: si ahora les dijera yo lo que ayer estaba pensando, no querrían creerlo; y lo juro, tan cierto como el sol es sol, que al

desnudarme se me metió en la cabeza que no se encontraba bien: más: que lo oí toser, mientras me miraba las pulgas, y pensé, digo: Dios no lo quiera; pero me

parece que tenemos señor Ventura para pocos días. ¡No sé como no lo veían estas gentes! ¡Si se iba fundiendo como un cirio encendido y vuelto del revés! Y un cuerpo que necesita fortalecerse, van y lo debilitan sacándole sangre y más sangre... ¿qué demonios quiere que sea? (*Bajando la voz*). Quede entre nosotras: tan pronto como oí al médico, y fuí la primera en echármelo á la cara, porque expresamente me había apostado en el rellano de la escalera, salté, dije: ¡buena la han hecho! Porque yo ya le he visto matar á cinco; sino que no hay más remedio que callarse, porque son cosas muy delicadas.

—¡Ah! Lo que es yo tampoco me he querido meter en historias, por lo mismo que usted dice; pues la otra tarde no me pude aguantar, francamente, y le solté dos ó tres indirectas á su mujer. Escuche: mi suegro murió de lo mismo; la requesonera que vivía en la esquina de la calle de mis padres, lo pasó también; una no es bestia, al fin y al cabo, y me parece que puede entenderlo una miajita; pero ella me hizo un papel muy frío; no dijo más que: «veremos... si acaso...» Yo con mi genio, que no puedo ni ver matar un pájaro, la habría cogido y... no sé lo que hubiera hecho. Sólo que á mí ni me vá ni me viene y reflexioné; te he dicho lo que debía, ahora apáñate como puedas.

—Cuando yo he subido, estaba muy de palique con el sobrino, que llegó ayer del Vallés...

—Sí; ¿no vé que el señor Ventura dispone de una fortunita...?

—En eso estoy. En cuanto ví caras nuevas pensé, dije: ¡Ay pobre señor Ventura! Ya huele á difunto. Porque en siete años que vivo en esta casa, no recuerdo haberle visto una sola vez...

—A ver cómo acabará la cosa; ella se figura que la dejará señora y ama de todo...

—Eso no es tan fácil. Si tuviera yo que arreglar el testamento, le aseguro... ¡Miren que sangrar á un hombre como él! ¡Se necesita tener la entraña dura!

—Claro; ¿no vé que son personas á quienes no se puede dar ningún consejo? No la contradicen á una, pero hacen la suya y callan. Yo me desespero, ¿qué quiere que le diga? No puedo remediarlo; es este genio que me ha dado Dios. Lo decía la otra noche á su hermana, que es más comunicativa que ella: el carnicero de la Bordeta es hombre que para estas enfermedades se pinta solo; hace, vamos al decir, milagros (porque, señora, aquello es preciso verlo para creerlo). ¿Por qué no le mandan venir? ¿Qué perderían? Si no cura él no cobra un cuarto... Y lo que ella me contestó, dijo: yo por mi parte lo habría llamado (porque repito que es muchacha con quien da gusto hablar); pero dice, como mi hermana, dice, es así, ¿sabe lo que hará?, dice; pues no se apartará poco ni mucho de lo que ordene el médico, por más, dice, que usted la sermonee, y aunque la maten ¡Ay! le aseguro que cuando á una persona le da esta ó la otra manía está fresca. ¡Pero anda, y que juegue! Por más que ahora lo toque y lo palpe, no escarmentará; ha de morir ella á manos de un médico, se lo tengo vaticinado; acuérdesese de que se lo digo, porque la conozco muy bien y es tozuda como ella sola.

Las señoras de la casa pasan y vuelven á pasar muy atareadas. Una lleva trapos de hilo; otra recoge el vaso y la cuchara.

—¿No se ofrece nada?

—Si somos útiles para algo...

—Nó, gracias.

—Es que ya lo saben: de día, de noche, á cualquier hora. oigan, en este mundo...

—Ya lo sé... les agradezco...

—¡No faltaba más! Si no nos ayudáramos unos á otros... quiere decirse que...

—¿Y qué tal? ¿Que no habla?

—Ahora me ha hecho señas de que tenía los labios secos; voy á darle una cucharadita de lo último que ha recetado el médico. Perdonen...

—Vaya, vaya con Dios.

Tan pronto como la pobre señora entra en el cuarto, ¡qué! aun no ha tenido tiempo de volver la espalda, ya hace una de ellas un guiño picaresco con los ojos, y exclama:

—¿Qué, lo han oído? El médico... y dale con el médico. Nada, que lo matarán á sorbos y cucharaditas. ¡Alabado sea Dios! Bien dice el dicho: el muerto al hoyo... ¡Ay, señor! ¡Que vea una lo que vé y tenga que callar!...

Y no dan descanso á la lengua, sino que siguen erre que erre, mientras que en otro rincón, un pariente lejano sigue la conversación entablada con los más próximos del paciente, y también en voz baja.

—Por mí, si fuera solo, no abriría la boca para hablar de intereses, y menos en las circunstancias actuales; pero uno tiene familia y hace lo que le repugna hacer. El año pasado me decían: ¿por qué no vas á Barcelona y te entrevistas con Ventura y pones en limpio aquello de la cuarta parte de la casa de Vich y los censos que quedaron atrás en vida de su padre? A mí, ya digo, no me gusta... no soy ambicioso; además, tenía un tumor en la pierna que no



REUTLINGER

—¿SON MIS OJOS Ó MIS PERLAS LO QUE LE HAN DESLUMBRADO Á USTED?

## La Saeta

me dejaba dar un paso, y respondí: dejadme en paz; no me vengáis con tonterías. Ventura, es hombre de bien...

—¡Eso sí, pobrecito; no hay que negarlo!

—Pues miren, ahora siento no haber podido venir. No por nada, sino que allí se ha dicho y se ha dejado de decir... no lo creo ¿eh? no lo creo; pero si deja cuanto posee á la viuda, esto es, aun no estamos en el caso... puede que nuestro Señor... ¿quién sabe? es hablar por hablar; si da

la desgracia de que se nos muera, y no explica, «tal cosa corresponde á fulano, tal otra á zutano», no vá á ser flojo el disgusto; porque yo... por mí, bueno, me conformo con todo; pero mis hijos tienen su derecho, que cosa suya es, ganada por los abuelos, es decir, por los abuelos de los abuelos, y ¡pobrecillos! no sería justo que se lo comiera otro con sus manos lavadas. Ya digo que no es ocasión para hablar de ello; y lo que toca á la viuda, vamos, á ella, en día y medio que estoy aquí, no le he dicho palabra del asunto; la pobre, como es natural, ¡está tan trastornada!... Anoche hasta olvidó ponerme en la cena verdura, que á mí me gusta bien fritita, y como estoy tan acostumbrado, la como siempre, á que no falta en mi mesa; entre eso y pensar en el trastorno de la pobre mujer, he pasado una noche... que no es menester decirlo, de perros. Por supuesto que de esto tampoco me he quejado; sé hacerme cargo de las cosas, y por un día ¡qué diantre! lo que yo quisiera es que él curara: eso, eso es lo que nos conviene á todos, que entonces, sin gastar en abogados, se arreglaría todo; porque, francamente, si este hombre no ha dictado sus disposiciones, como es debido, créanme, nos veremos en un lío, y todo se lo llevará la justicia, de la cual nos libre Dios.

La criada abre la puerta del cuarto y dice:

—De parte de la señora, que hagan el favor de hablar más bajo; se oye desde la alcoba, y el médico ha recomendado mucha quietud.

Calla el pariente; las vecinas callan; sólo que al oír el vocablo «médico», una de las últimas especialmente, hace un mohín despreciativo, y las otras, quién más, quién menos, se encogen de hombros.

—Yo... ¡vaya! ya me iría.

—Como no mandan esto ni lo otro... ya avisarán, si quieren. Llega una con las mejores intenciones del mundo y...

El pariente, que hasta entonces permanecía silencioso, entretenido en hacer de sus dedos palillos y de la cómoda tambor, se aproxima á sus interlocutores y quedamente exclama:

—¿Lo ven? Si Dios quisiera que ese hombre curase, yo podría regresar pronto á mi hogar. Entra el médico.

Las vecinas le echan miradas de basilisco, y de una en otra, van tirándose de las faldas para señalarlo.

El doctor saluda y pasa de largo. La señora Teresa cruza las manos, y mirando al techo, suspira:

—¡Dios les tenga en su gracia! Pero lo matarán.

Se acerca una á la puerta de la alcoba con disimulo para escuchar.

Se oye dentro una explosión de sollozos. La criada sale apresuradamente, gritando:

—¡Ay, pobre señor! ¡Ay, pobrecito! ¡Se nos quedó en los brazos!

La señora Teresa, encarnada, encarnadota, se vuelve á sus amigas, y puesta en jarras y bufando de satisfacción por haber acertado, grita:

—¿Qué les decía yo? ¿No lo estaba diciendo ahora, ahora mismo? Contesten.

El pariente, embobado, mira aquí y allá, y pregunta:

—Bueno; ¿y ese testamento dónde estará metido?

El lloro y los gemidos que salen de la estancia mortuoria, son más estrepitosos; las vecinas se atreven á entrar... pero... ya he concluído. Ya no hay enfermo en la casa. Lo que sucede, más tarde lo referirá á ustedes aquel que sepa qué pasa allí donde hay un muerto.

(Trad. de Clak.)

ROBERTO ROBERT



—¡MIRA QUE DECIRME QUE SOY MAL EDUCADA, QUE NO TENGO FORMAS!



## Cuartillas sueltas

**H**EMOS vuelto, con los afanes y saltos de rúbrica, á la época oficial de las mojigangas. La llamo oficial, con permiso de Silvela, porque como ya dijo el otro, y no es que yo lo invente, nos pasamos todo el año haciendo la misma cosa, en lo que se refiere á este punto.

Pero bueno, no importa: justo es que se nos deje practicar con todo descaro, casi con cinismo, durante un período especial, lo que se viene ejecutando á espaldas de las apariencias un día y otro día y á todas horas.

El carnaval vistoso, el que sale de sus madrigueras y sus guaridas para pasear por las calles, tiene su careta; el otro carnaval, el vergonzante é hipócrita, también.

Uno la careta de trapo ó de cartón.

Otro la careta monstruosa, inmedible que conocemos con el nombre de convencionalismos, y que adopta los visajes más estúpidos, raros, ridículos, grotescos, como el antifaz de que echamos mano para pasear á Momo por el arroyo ó introducirlo en los salones.

Hasta en eso de disfrazarnos mientras *corre* el carnaval empleamos la otra careta: el pretexto de que hace falta entrar en esta época para divertirnos, ¿no es un convencionalismo tan necio y tan falaz como los otros?

¿No estamos procurando el deleite todo el año, salgan ó no salgan máscaras por ahí, y burlando el dolor aun en los casos más graves y tristes de la vida?

El hombre es, por ahora á lo menos, y desde que la costra terrestre soporta á la humanidad, la personificación del egoísmo; y mientras no se perfeccione, el tipo, el carácter; mien-

tras cada cual no atiende sino á satisfacer los caprichos, los deseos, las ambiciones que alimenta en su ser, será el reinado de las carnestolendas, no efímero, como decían antiguamente los revisteros, sino continuo, constante.

¡Vayan ustedes echando una ojeada á cuanto ocurre en torno suyo, miren ustedes dentro de sí, y perdonen el modo de señalar, y á ver si no les parece acertada mi observación!

Sin ir más lejos...

Me interrumpo para meditar, como ustedes harían en mi caso.

Pero en fin ¡qué demonio! allá vá. El señor Silvela ha dicho, si no han llegado mal hasta mí los informes de la prensa, y salvo lo que hable el *Diario de Sesiones* del Congreso, que el idioma castellano, no es, ó no ha sido nunca declarado idioma oficial.

Yo no sé lo que entenderá el señor Silvela por *ser* una cosa ó por declaración oficial; lo que sí sé es que, caso de que no haya error de transcripción en el apunte, el señor Silvela ha empleado uno de esos convencionalismos de que yo hablaba antes.

No se puede tomar en serio semejante declaración, será á lo sumo un rasgo florentino, tanto como su daga.

A mí me importa poco que el castellano sea oficial: cada uno lo tome por donde quema, y al diablo todo; pero lo indiscutible, mientras no determinen las Cortes lo contrario, es que continúa siendo idioma de la nación.

Y basta... porque estas cosas no son para tratadas ligeramente, ni yo quise sino justificar lo dicho; que en todas partes y en todas las épocas hay mojigangas y mascarotes.

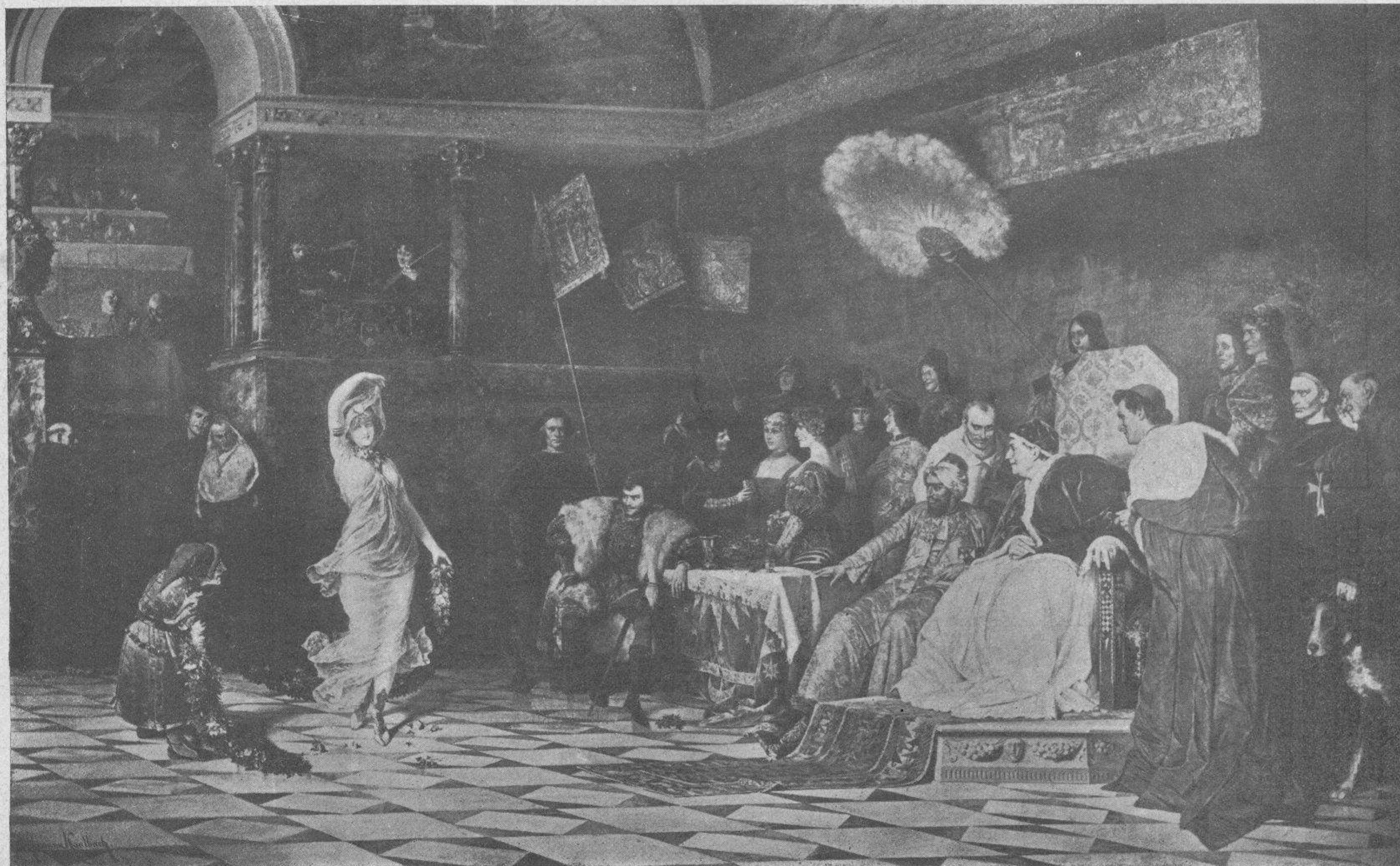


ORGULLO

STANDART

CLAUDIO UGENA

KAULLACH



La Saeta

LUCRECIA BORGIA

ADA MANCILLI



FIESTA EN EL TEMPLO DE FLORA

## LIBROS Y COMEDIAS (1)

VARIAS PALABRAS.—TRISTI AMORI

**H**A lamentado Clarín que en España no hablen los periódicos largo y tendido de ciertas obras y de ciertos autores. Cuanto más ilustre el escritor, más corto el apunte en que de sus libros se dá cuenta. No parece sino que las empresas periodísticas tienen una tarifa especial contra el ingenio, y consideran anuncio de primera clase lo que se imprime y pregona en aplauso de los hombres que levantan el arte y la literatura hasta las nubes. Cuanto más ruin y desconocido el elogiado, más vuelos toma la gacetilla.

No sé que Leopoldo Alas haya meditado detenidamente este extremo de nuestra insuficiencia (al fin y al cabo no es otra cosa), aunque presumo que sí; él habrá puesto (mejor que no yo) el dedo en la llaga, y lo que yo pille al vuelo no será porque al crítico sagaz y profundo se le escape. Pero, aun siendo como lo digo, no resultará impertinente exponer algunas de mis observaciones.

He visto durante mi corta experiencia que la mayor parte de los que escriben (anoto en seguida que no les llamo escritores) se creen dispensados de estudiar: poseen un don por arte y virtud de gracia divina: el de escribir, y esto basta y sobra en su triste concepto para asaltar al público. La prensa está en sus manos. Por rutinas y por condiciones sociales que no es del caso exponer, la empresa editorial no alcanza el acierto que en estos asuntos tan graves fuera apetecible (aunque hay excepciones honrosas). Y claro: con un poco de trastienda, con otro tanto de osadía, con algo más de descaro ó de cinismo, el que no sirve ni aun para redactar un suelto de seis líneas figura en cualquier parte como revistero, se encarga las más veces del editorial y llega en ocasiones á dirigir.

Bueno; pues á toda esa gente mínima, inculta, ¿cómo vamos á exigirle que dé una opinión que no tiene; que compare, que emita juicio? Se habla fácilmente del libro de un amigo, estirando la cuerda de los elogios é incurriendo en todos los lugares comunes de la erudición barata; pero ¿atreverse á penetrar la urdimbre de libros como «El Abuelo», entre otros de Pérez Galdós, ó como de «De Peñas Arriba», de Pereda, donde hay delicadezas de estilo á que uno no llega porque no ha estudiado ni gramática, y sutilezas de psicólogo que no hieren el espíritu de quien apenas sabe que anima su carne un soplo inmortal por amor de Dios? Antes el novelista no era más que novelista; ahora es, además, una porción de cosas: observador profundo, filósofo, sociólogo, médico, ¿qué sé yo? y para hablar de su novela necesita el crítico estudiar nó la novela, pero toda esa porción de sabidurías que ha desdeñado desde que dió los primeros pasos en las aulas; antes la novela era un libro de puro entretenimiento, de amena distracción, en que la inventiva predominaba, y ahora los que la escriben se cogen á brazo partido con el saber y la verdad, dos enemigos temibles para el ignorante. ¿Cómo salvar conflicto tan tremendo?

Las hojas volanderas han inventado un expediente sencillísimo: han repetido un día y otro que el periódico moderno repugna el prolijo estudio; que hay que dar á las gentes, pues viven su vida de prisa y corriendo, la *impresión* (dicen la *impresión*, y esto es una majadería), la *impresión nerviosa*, sin meterse en historias ¡claro! sin meterse en historias que no lograron aprender tan peregrinos historiadores. De modo que con llamar maestro á quien lo es (y no se necesita recurrir al análisis para probarlo, porque está en la conciencia de todos) salen en seis líneas los revisteros del apuro.

Pero yo digo ahora á mis lectores (los tengo, y eso que no escribo gacetillas) que no crean estas verdaderas voces de ganso. Mienten. Si no hablan de libros tales es por insuficiencia, por ignorancia, por estupidez. Ni más ni menos.

Sería curioso formar una estadística de los libros que llegan á las redacciones, y de los cuales *se dá cuenta*, sin abrir sus hojas.

\* \* \*

Con las producciones dramáticas ocurre otro tanto. De los estrenos fáciles, cuando se trata de obras en que los autores no se meten en honduras, se reza toda una letanía; pero como sea preciso abstraerse, sostener un coloquio con las ideas que ha despertado en el cerebro el pícaro escritor, ¡ah! otra gacetilla de seis líneas, y vaya con Dios la obra. La opinión queda rápidamente emitida. ¿Se trata de una mujer que sostiene relaciones ilícitas? Pues engaña á su marido; ¡eso es tan fácil de apreciar! Y cuando la casada tiene un amante, es claro que hay adulterio á la vista. ¡Al demonio se le ocurre ser más listo! Y naturalmente, como hay muchos dramas, muchas comedias, muchas novelas, muchos sainetes, muchos cuentos en que aparece la adúltera, pues ¡juicio al canto! la obra está basada en el manoseado asunto del adulterio. ¡Y cómo que es manoseado! Ya lo manoseó



FIGURINES PARA EL CARNAVAL

(1) De todos los volúmenes que se nos manden dos ejemplares se hará un estudio en esta sección.

Cristo en su bíblica lección, y ha llovido, y me caló á mí la lluvia desde entonces. ¡Caracoles, y qué talento, qué profundidad de talento, qué rasgos ingeniosos se necesitan para hablar así! ¡Como si todos los adulterios fueran vulgares! ¡Como si no hubiera que apreciar en la obra considerada más que el miserable y cochino acto fisiológico!

Pues todo esto en libros y en estrenos ocurre (y es lo que ideaba yo recordarle á Clarín), porque se necesita estudiar (y haber estudiado) para atreverse á emitir juicio. ¡Y se pierde un tiempo tan precioso cuando se escribe *nerviosamente*, que es como escriben muchos periodistas!

\*  
\*\*

*Tristi amore* no es un problema filosófico, ni un caso de adulterio más; es, como el título indica, un amor triste, sencillamente. Es una manifestación del amor que tropieza con los convencionalismos que nos ahogan á todos, y que por virtud de ese tropiezo, en vez de conducir á la dicha conduce al desconcierto, á la amargura, á la desgracia inevitable, fatal. Es un *caso* más, ciertamente, del cariño entrañable que no reconoce fórmulas, que no respeta leyes ni decretos, que se produce libre de trabas, dominador, *salvaje*, como todos los *sentimientos* de la naturaleza.

La mujer (casada; tiene una hija) encuentra su *igual* en otro hombre, que no es su marido; el amante no obedece al instinto ciego, asqueroso, de la carne: el amor que une á estos dos seres no es producto de una simple irritación morbosa: no caen en los espasmos brutales por simple afinidad de nervios que subleva, rozándolos con sus dedos candentes, la lujuria. Se aman como aman muchos seres en el mundo: con verdadero amor. Se han encontrado tarde y hay una traba social que los aleja: aquí entra la carne resolviendo el punto con sus seducciones y sus mandatos imperiosos. El amante es íntimo amigo del esposo, y aunque ha procurado mantener en la poética penumbra del pecado sus relaciones, por cierta complicación convencional y viciosa de que hablaré otro día, el marido llega á descubrir el desamor y la ingratitud de aquellas dos almas, que él á su vez ha confundido en los dulces extremos de su ternura. Este lazo se desata violentamente, y desatándose determina la desgracia de aquel amor que brotó al amparo de la Naturaleza y á espaldas de la ley escrita. Ya he dicho que este amor no es una aproximación estúpida del sexo; tiene su ideal, y este ideal quiere el amante salvarlo del naufragio en la hora crítica. La lucha que se entabla con la enamorada (lucha de sugestión amorosa), es horrible; pero vence en el trance supremo á la mujer hembra la mujer madre: y desde entonces quedan cortadas, destruídas, dentro del círculo de la dicha, dos existencias. El se va, no sabe á donde ¡á sufrir!; ella permanece clavada á la cruz de su infortunio ¡para sufrir también! El marido no se *reconcilia*; pero sostiene el convencionalismo del hogar abismándose en su bufete para que la hija no pierda la madre, ya que él ha perdido la esposa.

¿No es verdad que si esto parecía al principio un adulterio, acaba, aun así ligeramente contado, siendo una realidad humanamente triste?

Veamos ahora, en otro estudio, cómo ha presentado y sostenido el conflicto dramático *Giacosa*, y con qué maravilloso arte (representado magistralmente por Teresa Mariani, por Zampieri y por Paladini, lo transmite al público.)

Pero conste que esos gacetilleros nerviosos no ven más allá de sus narices.



EBRIA

CLAK

## Cañitas

I

A ti te pasa lo mismo  
que á los molinos de viento,  
que dan vueltas y más vueltas,  
pero no cambian de centro.

II

Igual que á un libro cerrado  
comparan á la mujer.  
¡Ay qué estudio más bonito  
si se pudiera aprender!

III

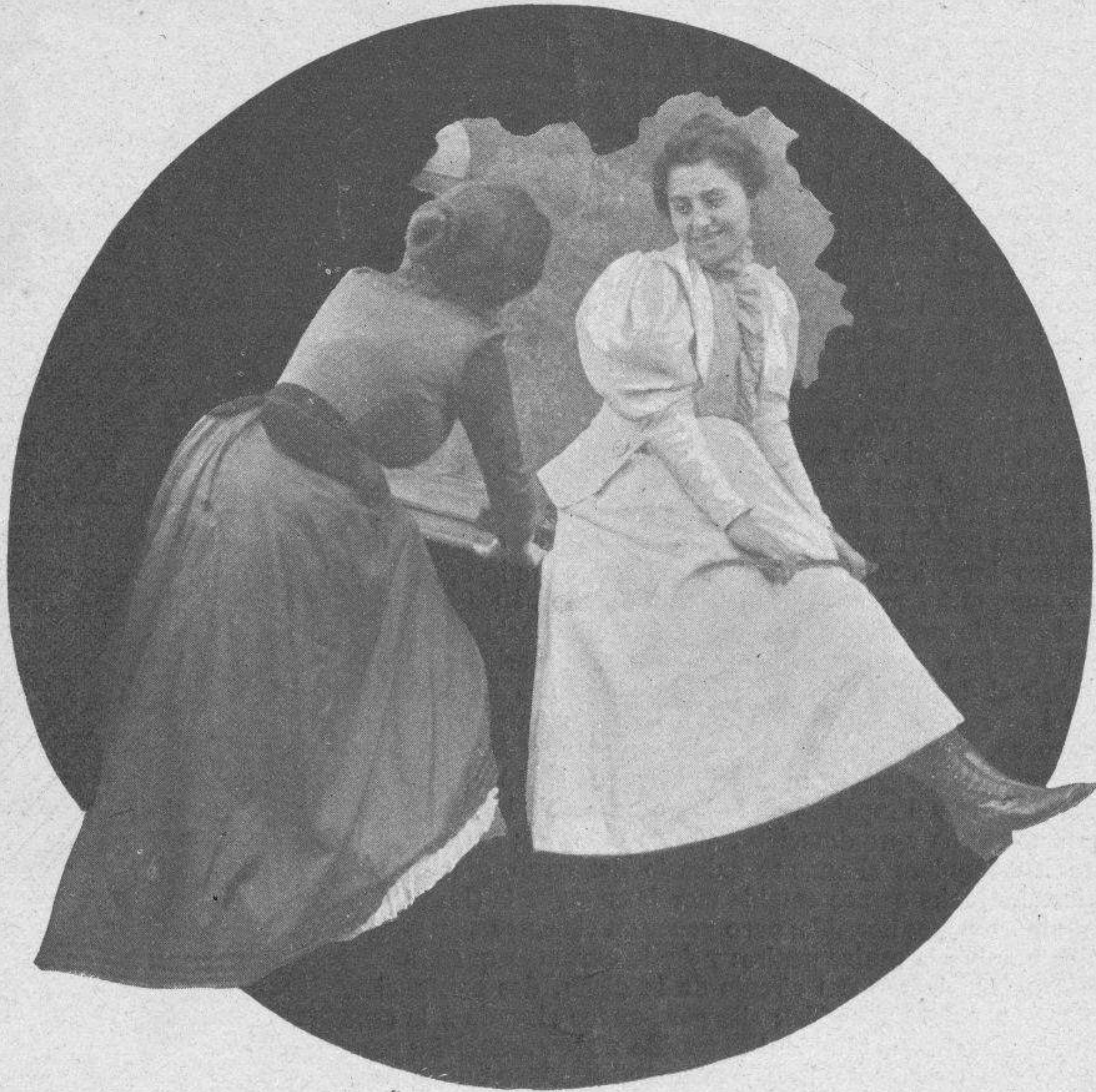
A pesar de tus palabras  
te han delatado los ojos,  
y sus miradas me dicen  
que eres mía y no de otro.

J. ENRIQUE DOTRES

## LA APOSTASÍA DEL DOCTOR

(CONCLUSIÓN)

**P**ENSARÉIS que el buen sabio se enfadó al oirse llamar burro? Verdad es que entonces habría dado al traste con todas sus sabidurías, desmintiendo á la vez la fama de docto que tanto predicamento le lograba en el espíritu de las gentes, altas y bajas y de todas cataduras. Además, ¿dónde estaba el guapo que no se reía al oir los insultos de aquella graciosa rapazuela, arcángel y princesa de todos los querubines? ¿Qué? ¿habéis visto vosotros aquellos cabellos tan finos, tan finos, que si pasábais la mano por la cabeza os parecía seda; tan rubios, tan rubios, que si los mirábais al sol no había oro que le igualase en belleza? De cualquier manera que le diese la luz, aparecían rodeados de un nimbo. Por primera vez, el doctor del Adrovey, que era una benditísima alma de Dios, aunque materialista y ateo, contemplando á su nieta, en un crepúsculo



—¡SI OS PILLO OTRA VEZ BESÁNDOOS, TE QUITO Y PONGO YO LA CARA!

suave, dulce, apacible, de medias tintas, al caer de una tarde de Marzo, tuvo la visión del espíritu inmortal. Se embelesó mirándola, como se embelesa el artista en cualquier momento solemne de la Naturaleza que hiere sus fibras todas, y luego se puso triste, pasó la mano por los ojos, hizo un imperioso llamamiento á su voluntad, se encerró en su biblioteca y recurrió á los autores más rabiosos, á los que más fuertemente tronaban, como ha tronado el rayo de los poetas en el Sinaí, contra el idealismo, y se pasó horas y más horas leyendo y anotando al margen.

Con la luz del alba, fatigado y rendido, tuvo que buscar el calorillo del lecho; y cuando despertó y hubo recuperado las fuerzas, hiriéndole el pensamiento el recuerdo de la víspera, corrió al despacho deseoso de ver cómo había resuelto el problema: ¿tenéis idea de alguna circunstancia de vuestra vida en que por estar adormilados, abstraídos, nerviosos é inciertos á la par, el resplandor de un fósforo que se enciende en la penumbra; el gato negro que en el círculo lumíneo, desperezándose, levanta el lomo y estira las uñas; la cortina que se pliega y repliega agitada por el viento y levanta un rumor blando en el ambiente, cualquier y pueril movimiento, os haya sobrecogido de temor supersticioso? Pues eso mismo le ocurrió á del

Adrovey, en cuanto se halló frente á frente de las páginas cuyo márgen estaba emborronado por su mano, con ideas que respondían á las ideas explicadas en el libro.

Hasta entonces, leyéndolo, no había hecho del Adrovey más que ampliar, razonar con deducciones de investigación propia, el texto: y aquel día ¡Cristo! las notas no expresaban contradicción, no refutaban las experiencias de los sabios que habían fortalecido su erudición, pero sí manifestaban dudas. ¡Y la duda... la duda era cosa terrible! Era peor que negar ó manifestarse conformes. La duda era la desgracia, el infortunio más horrible que pudiera imaginar el hombre: «La duda era... la negación absoluta de toda sabiduría». Así lo había explicado él á sus discípulos, en conferencias, en trabajos que acogió con palmas la prensa, en volúmenes que la crítica se vió precisada á aplaudir. ¡Dudar! El perdonaba á todos cuantos creían que la conciencia se determinaba más allá del *círculo de lo cognoscible*, pero no á los que no tenían seguridad completa de que la existencia humana acababa en este punto ó en el otro. O afirmar ó negar; ahí estaba para él encerrada toda la ciencia; y es claro que esto, el consentir la afirmación, no era una negación de su sistema, porque él estaba seguro de la contraria y tenía á los que afirmaban, por espíritus humanos superficiales, de cerebro débil ó deforme. «El que niega ó afirma está seguro de lo que pregona; pero ¡el que duda! ¡El que duda no tiene ideal ninguno! Afirmar es creer en algo; negar también; dudar es positivamente no creer en nada.» Esto será tan extravagante como ustedes quieran, pero ya se ha dicho que del Adrovey era respetado entre los cultos, á pesar de sus extravagancias, defendidas con suficiencia de ¡sabio, implacable, tremenda, terrible.

Naturalmente, estos ilustres no dan su brazo á torcer á las primeras de cambio: y aunque del Adrovey pasó un día pésimo, sin salir de la biblioteca y sin dar con la solución del conflicto, al cabo cerró los libros, y determinó que todo aquello no era más que un desconcierto de organismo, una desviación de la línea armónica, por influencias extrañas, determinadas en virtud de hábitos contraídos durante la niñez, que *conjuntándose* con una posible debilidad de facultades mentales, en vista de la *contraposición* de edad, le conducían al *sentimentalismo*, *irritación* del sentimiento. (Todo esto que yo pongo son teorías tuyas). Aguardaría, pues, á que el equilibrio volviera á regir cuanto *había* en su ser.

Pero la verdad es que tuvo miedo de volver á su estudio y que cuanto más huía de él, más se encerraba en el



FIGURINES PARA EL CARNAVAL

## La Saeta

amor y el culto á su nieto; ahogaba su pensamiento, deseoso de ahogar sus dudas, y la consecuencia fué ¡no había de serlo!, que del Adrovey amó entrañable, exageradamente á Elena, su *Perica*, su miquin.

\*  
\*  
\*

Tan bobo le puso, que á lo mejor mataba días y días jugando con la encantadora criatura, sin acordarse de sus compromisos ni de sus relaciones, y convirtiéndose en pesadilla para las empresas editoriales, que ya no podían fiarse de su concurso asiduo, laborioso, formalote. Si le visitaban, por ejemplo, dejaba á su interlocutor con la palabra en la boca. Como oyese gritar ó refunfuñar á su ídolo, salía escapado murmurando un vergonzante «Usted perdone». Otras veces volvía llevando en brazos á Elenita, quien, como no había podido desahogar la rabieta, contestaba á sus mimos tirándole del bigote. Era frecuente oírle decir en estos términos:

—Quedamos en que... ¡Estate quieta, muchacha!... Hablaba usted de los... ¡Me *futro* en Pichote! ¡Que se pone serio el abuelito!... Pues eso se explica por la influencia de... ¡Vamos, no enredes ó te doy un azote en el culo!... No, el cerebro no es un laberinto, como usted cree, sino que... ¡Pero hombre! ¿Ha visto usted qué demonio de muñeca? Sin embargo, fijese en los ojos: ábrelos bien, *Perica*; enséñaselos á este caballero que es un rey de los palacios de oro y te trae un coche muy bonito con unos *cabalos* que tienen alas... Vamos, dígame usted, ¿no le parecen á usted esos ojos una de esas lagunas azules, quietas, tranquilas, de las leyendas del Norte, á través de las cuales se descubre todo un mundo desconocido, fantástico, ideal?

En la casa todo andaba alborotado, manga por hombro: el bruto del hijo se había propasado á amenazar al sabio con encerrarle en un manicomio, y del Adrovey tuvo que replicarle seriamente que, para que en efecto se convenciera de que estaba loco, era capaz de echarle á él, y á su esposa, y á todos los de la casa, á puntapiés, quedándose solo allí con Elena.

—¿De dónde has salido tú, animal? ¿No te avergüenza el tener una hija, que más parece procreada por su abuelo que por ti?

Como ya he dicho, el vástago del Adrovey era un bestia, á quien no le faltaba más que gruñir; pero como su mujer le había ido rascando pacientemente la corteza, aparecía en sociedad hecho todo un hombre de pro, muy amante de los formalismos de la etiqueta y de los rituales de sociedad. Por eso le desesperaba que en los momentos más graves de su vida turbara su imponente y correcta actitud cualquier diablura del muñequín mimado por el viejo chocho. Cuanto más solemne era la cosa, más fuerte y ridículo el escándalo. Se oía un alboroto de risas. Formaban coro las alegres y argentinas voces de Elena con las carcajadas destempladas, *gruesas*, del Adrovey; era de oír aquel desconcierto de bajo cascado y de tiple infantil, pura. Y no quedaba ahí lo peor: y era que se presentaban en la sala llevando el viejo una servilleta en el pecho, un mandil en la falda y en la cabeza una sartén. Del Adrovey decía por todo saludo y por toda excusa:

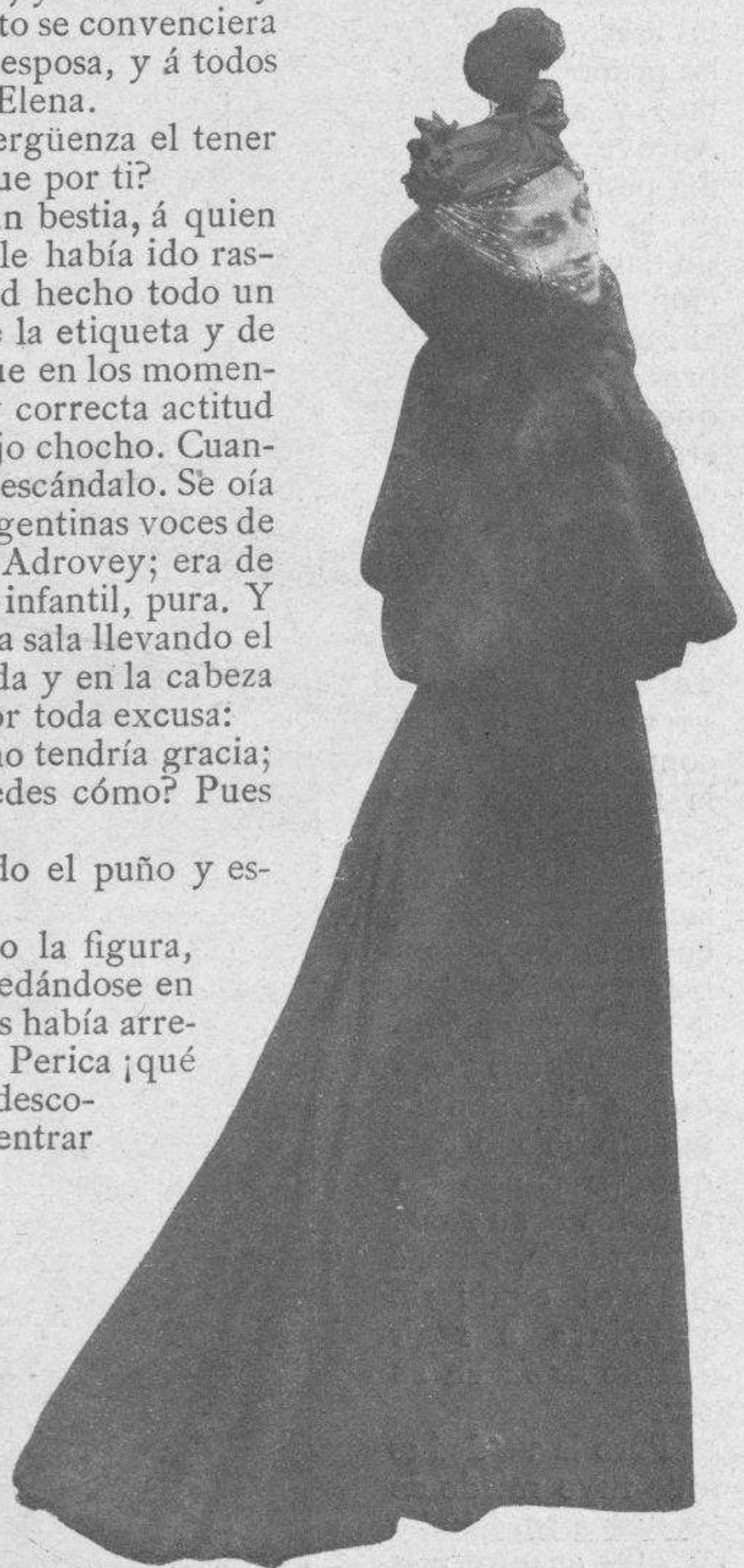
—Este figurín no lo he ideado yo, que entonces no tendría gracia; se le ha ocurrido á ella, á ella sola. ¿Y saben ustedes cómo? Pues diciéndome: *Güelo*, te visto de *másca*.

—¡Padre!, exclamaba el hijo, nervioso, crispando el puño y estrujando en él su pañuelo.

—¡Arre allá, borrico!, decía el sabio, cuadrando la figura, quitándose la sartén, la servilleta y el mandil, y quedándose en una de aquellas actitudes de Dios con que tantas veces había arrebatado á sus oyentes.—Cuando tú tenías la edad de *Perica* ¡qué corcho! no sabías de máscaras, sino ponerte á llorar desconsoladamente y con pasmo estúpido cada vez que veías entrar tiznado al carbonero.

\*  
\*  
\*

Un día Elena perdió el buen humor; se puso á gimotear; se puso *rara*, como se dice en el lenguaje casero: no quería dormir; no quería estar despierta; no quería mantenerse en brazos; no quería dar un paso por el suelo; no quería que le hablasen; no quería que permaneciese nadie silencioso. ¡Aquello era horrible! Tendía las manecitas pidiendo un mimo, y en cuanto la acariciaban se ponía á patalear. La madre le dió varios azotes y riñó definitivamente con del Adrovey. El sabio



ECHANDO LASTRE



sintió por primera vez en su vida el aguijón del odio, ¡él que era todo miel de amores para las criaturas humanas! Del Adrovey estaba loco: cogía á Elena, la paseaba, agotaba todas las palabras dulces de su repertorio; la bajaba, la cogía, la ahogaba contra su pecho, y ¡lo juro! se le vió llorar. ¡A él, que se vanagloriaba de no haber derramado una lágrima ni en el momento de sentir la pícara frialdad de esta atmósfera cuando le faltó la amorosa calorquilla de la sangre en el lecho y la entraña maternal!

—Pero ¿qué tendrá esta mocosa? ¿Qué tendrá, *recontra repuchetas?*

La pulsaba y no había sino una débil alteración; décimas casi inapreciables.

—Que busquen al médico, gritó.

—¡Qué médico!, repuso el hijo. No faltan más que médicos aquí. Lo que tiene esta chiquilla es falta de palo. Voy á comprarme una correa muy fuerte y muy larga para que le alcance á usted también.

Del Adrovey se abalanzó sobre su hijo, le tiró violentamente por un brazo y exclamó:

—¡Bruto!

La niña quedó rendida, amodorrada; durmió unas cuantas horas. Al despertar lo hizo con sobresalto que puso en alarma al viejo; lloraba con desespero angustioso, sin que pudiera romper en gritos, llevándose la mano á la garganta. Trabajo le costó á del Adrovey hacerle abrir la boca y meter su mirada anhelante, valiéndose de un fósforo, por allí.

—Oh, no sé, no sé, Dios mío: mi vista débil ya no llega... ¿pero no ha venido aún el médico?

No había ido ni le habían avisado: la madre decía que todo aquello eran mimos y rarezas; el padre que el abuelo estaba loco; y á todo eso la pobre criatura, presa ya del mal terrible, padecía una fiebre alta. Del Adrovey cogió el sombrero, paró en la calle al primer coche, dió cinco duros de propina adelantada al cochero, hizo que le llevasen volando á casa del doctor Vögel, un alemán muy ducho, y al cuarto de hora se hallaban los dos delante de la paciente. El médico al mirarla meneó la cabeza:

—Sí, sí, murmuró el pobre abuelo, ya sé lo que es eso; es uná duda de sabio.

—Dios quiera que no llegue tarde: en estas cosas los minutos corren como la luz, leguas y leguas. ¿Sabe usted de qué se trata?

—Es... es... Nó, no es posible, no quiero que lo sea.

—Sí lo es... es el crup, amigo mío.

Del Adrovey dió una furiosa patada en el suelo, y haciéndole bambolear por la sacudida

—¿Lo ves? ¡*Recolchones!*



—ALLÍ ESTÁ. ¡SI AHORA DICE QUE ME FALTA OSADÍA...!

que imprimió á la mole de su hijo, gritó:

\*\*\*

Y aquí fué el cogerse á brazo partido con la enfermedad, «aquel monstruo de dos tenazas, que con una apretaba el gáznate y con la otra abría la boca, poniendo en manos del médico la cucharilla cruel y destrozando toda la dentadura». ¡Qué horrible! Yo he presenciado un caso igual y renuncio ahora á describirlo. A los dos días declaró Vögel, que sólo la misericordia de Dios podía mediar en aquel trance triste. «Morirá esta noche».

Y... murió. Siento mucho tener que decirlo; pero es rigurosamente exacto; murió. Murió de una de las muertes más perras con que puede condenar la naturaleza á una criatura infeliz: estrangulada. La agonía fué lúgubre: del Adrovey se hallaba tendido al lado de su nieta; la madre medio caída en el suelo, de hinojos, con los brazos sobre la cama; el padre paseándose por la alcoba, con su mirada de idiota, con el gesto estúpido. Cuando quedó Elena rígida, con aquella muequecita de los labios torcidos, con aquella placidez de rostro angelical, del Adrovey la cogió en brazos y contempló afanosamente los ojos abiertos, vidriosos: la pupila estaba fría, apagada; pero no sé lo que vería el pobre sabio, que volviéndose á Vögel, le dijo:

—No vé usted nada ahí, diga usted, ¿no vé nada? ¿Carne, sistema nervioso, huesos, sangre, que no anima el soplo vital? Mírelo bien... Ahí, todavía hay un alma. ¡Todavía! ¡Yo lo veo, yo!

Y perdiendo las fuerzas, dejó el cadáver y cayó sobre el lecho rompiendo en sollozos.

—*Güelo*, murmuró, eres un *buro*; dices como los *buros*: ¡oo! ¡oo! ¡oo!

J. F. LUJÁN



## LA AMISTAD

Lleva de olivo y siempreviva orlada  
el alba, pura y pensativa frente,  
circúndala un destello refulgente,  
de noble majestad es su mirada.

Jamás por torpe adulación manchada,  
perdona las ofensas indulgente,  
y odiar no sabe, que el amor que siente  
es del divino amor la llamarada.

Y como así la contemplé yo un día,  
quise adorarla, como á Dios se adora,  
de hinojos; mas con voz austera y fría:

«Alza, soy la Amistad, no la señora.  
Dios no hizo esclavitudes, alma impía,»  
dijo, y dióme una mano redentora.

## ESO

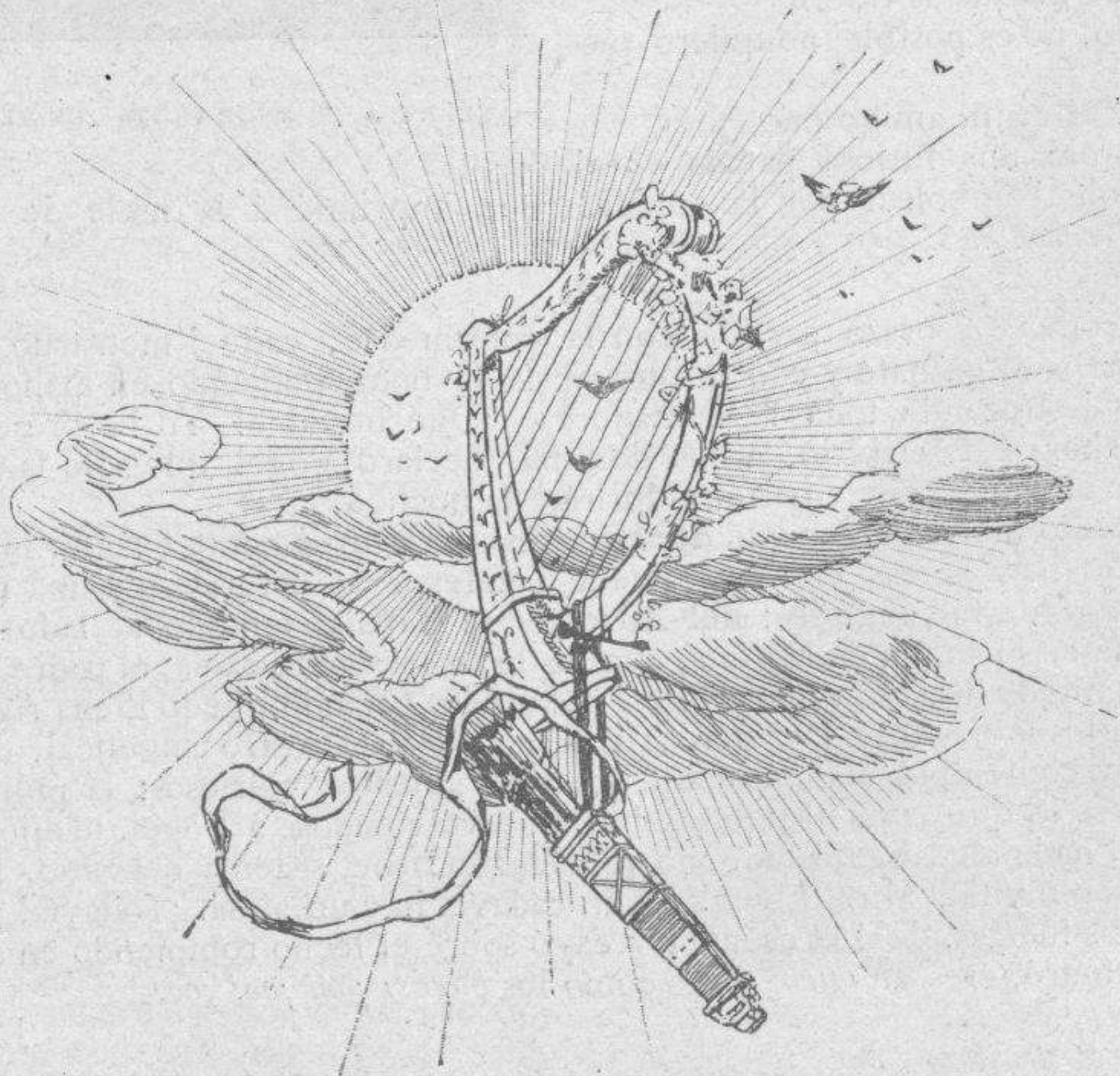
—No me quieres — la dije con enfado—  
no me quieres, mujer, á quien rendido  
y en tus redes prendido  
con loco afán el corazón he dado.

¿Y cómo habré soñado,  
la experiencia teniendo en el olvido,  
con dulce, embellecido,  
mundo ideal, por el amor forjado?

No me quieres, mujer... mas presurosa,  
con fácil embeleso,  
sentida y amorosa,

en mis ojos dejó candente beso;  
á mis oídos acercó la rosa  
de sus labios y dijo, dijo... —¡Eso!

CARLOS SAMUEL



FANTASIA



—YO ME ENAMORÉ DEL AIRE—DEL AIRE DE UNA MUJER..

# MISCELANEA

## AVISO IMPORTANTE

Las tapas que poseemos para encuadernar LA SAETA están tiradas en negro y oro; la alegoría del dibujo, para reproducir el cual hicimos grabar unas planchas exprofesamente, es de gusto inmejorable y forman una cubierta elegantísima.

Se hallan de venta en la Administración de este periódico á los precios siguientes: Barcelona, 2 ptas. 50 cénts. Provincias, 3 ptas.

Para los corresponsales 2 ptas. y 2'50, respectivamente.

### Charada

*Prima* dijo el *Todo* Lucas que tiene enfermas en casa á su distinguida esposa, su hermanita y su cuñada.

—¿*Dos prima*, cómo es posible: ¿quién las cuida, quién las guarda?  
—Pues la cosa es muy sencilla y la verás descifrada.

Si *tres prima* la sirvienta yo entonces estoy de *guardia* y así nos lo repartimos y aquí paz y después... agua.

MORENO

### Logogrifo numérico

- 1 2 3 4 5 6 7 8.—Apodo de un torero.
- 3 5 4 5 6 7 5.—En la imprenta.
- 4 8 3 5 7 5.—Apodo de un torero.
- 6 5 4 3 8.—Mar.
- 7 2 7 8.—Apodo de un torero.
- 3 5 1.—Animal.
- 4 5.—Consonante.
- 6.—Punto cardinal.

JUAN CANO DE SOLA

### Combinación

#### F

Con *tres notas musicales* que dan una población y la letra que precede formar nombre de varón.

V. ARCE Y M. PÉREZ

### Jeroglífico comprimido

R

PEDRO N. ARROYO

## Cuadro enigmático

a	a	a	a
a	a	o	o
c	l	l	m
m	ñ	p	s

Combinar las letras de manera que se lea horizontal y verticalmente lo siguiente: 1.º, puntuación; 2.º, pasta; 3.º, destreza; y 4.º, extremidades.

IGNACIO CANAS

### Soluciones á lo insertado en el número 478:

CHARADA.—Margarita.

NOMBRES EN TRIÁNGULO.—

E  
TU  
TOS  
EUSEBIO  
BES  
IS  
O

ROMBO.—

J  
MAR  
JAPON  
RON  
N

## Correspondencia

D. G.—No hay duda; el sol *parece ser* que sale por el oriente, aunque no sale como usted dice; la luna es, además de la enamorada de Febo, un reflector hermosísimo; ¿y qué? ¿todo eso le autoriza para darme una lata verdaderamente celeste? Cuando yo tenía quince años había estudiado muchísimo más de lo que usted, con inocencia digna de mejor causa, pretende enseñar á los lectores. ¡Y de qué manera! escribe usted orto con *hache*, y con *hache* osa.

S. T. M.—Me parece bien, y lo guardo para el momento más oportuno.

Luquín.—Se puede ser todo un señor republicano, y hasta tener fuerzas para disparar un mauser, y no decir en castellano y de modo inteligible lo que uno quiere; y es que siempre resulta *morrocotudo* el dirigirse á las muchedumbres.

S. V. C.—Lo mismo le digo á usted, hermano: en esto de escribir ocurre una cosa parecida á la de verse en las tablas frente á un público. Espanta el auditorio. Ve uno cien ojos que miran fijamente, aunque ningún espectador dirija sus gemelos ó sus pupilas al novicio, y claro, se turba uno, se corta... y lo hace mal. Usted lo hace peor. Y aun suponiendo que llegue usted á perder el miedo, vale más que no se meta de *hoz ni de coz*, según declara, en el *oficio*. Tratándose de eso, de *oficios*, vale la pena de que dedique usted sus ocios al arte de la zapatería.

Figaro.—Vaya por el cantar:

«Yo me vengué de la novia  
dándole un beso ú dos;  
(que no estoy cierto) y ella entonces  
me aplicó una bofetada.»

Puede que eso, que no es verso, sea una verdad más grande que una casa; pero ¿no le parece que esas cosas debe callarlas uno si tiene *tanto así* de vergüenza?

R. S. H.—Corriente, lo publicaré.

J. J. R.—Muchas gracias por los elogios, que no merezco, y por la confianza que deposita en mí. Le contesto particularmente.

Zenojo.—Lo primerito que ha de hacer el poeta es afinar el oído, y lo segundo educar el gusto, y lo tercero instruirse, y... así sucesivamente. Tiene usted bastante por ahora con esas tres recomendaciones.

«Con conmiseración la he mirado...»

¡Con, con... ción! ¡Láe! Parece mentira que resista el tímpano semejante estrépito de sílabas. Cierto: hay sílabas muy escandalosas, y la Poesía ¡es una señora tan delicada!

Además de duro, el verso es cojo: el rigor de las desdichas.

E. S.—Fijese en que no sólo es floja, sino vieja. La idea está repetida hasta la saciedad. Puede que en otras pruebas sea usted más afortunado.

F. P. R.—¿Conque ha querido usted probar? Es inútil. Ya sabe usted que le conozco hace mucho tiempo, y que de diez años á esta parte no he variado de opinión: sigo creyendo lo que le dije cuando yo estudiaba y usted se *hombreaba* con *Leopoldito*, *Manolito* y *Zuñiguita*: que es usted un memo.

Lo que sé ahora, y no sabía entonces, es que pedantes de su laya abundan por esos mundos de Dios, y que todos se comprenden, se juntan y se aman.

Buen provecho.

S. M. de H.—Copio el epigrama:

«Anda y dile á tu madrina  
que yo te estoy esperando  
para ir á la cocina:  
á ver si le da en pasando  
el olor de chamusquina.»

¿Qué ha pretendido usted decir con eso? ¿Una picardía ó una barbaridad?

R. N. O.—Otro romance de ciego:

«Ella me miró de soslayo  
y al punto me sentí encendido  
de la punta de los piés á la punta de los cabellos  
y en punta acabó el sucedido.»

¿No le parece que son muchas puntas para un poeta solo?

Y... no contesto más cartas hoy, porque han conseguido ustedes que abriéndolas, abriéndolas, coja el *dengue* ó la *influenza*. Voy á meterme entre sábanas.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

**48 HORAS**

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre 

**SANTAL MIDY**

PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

# CRÈME SIMON

à la glycérine

**Poudre**  
de riz Simon



**Savon**  
à la Crème Simon

Maravillosos para la

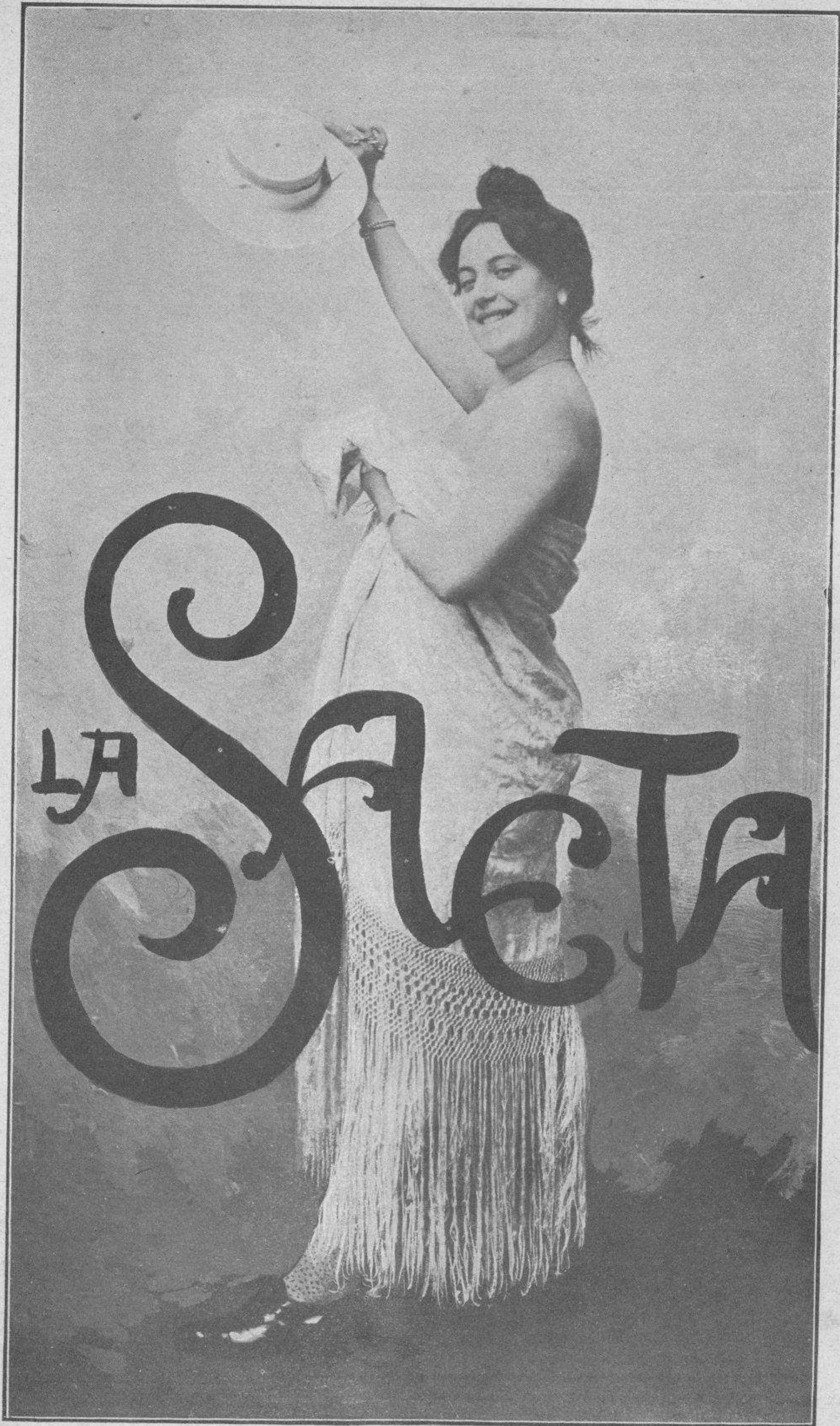
TOILETTE DIARIA

Preservan el rostro de las influencias del FRÍO, del SOL, ó del aire del MAR. Blanquean y suavizan divinamente el cutis.

**J. SIMON** ♦ 13, Rue Grange-Batelière, 13 ♦ **PARIS**

Tipolitografía Seix: Calle San Agustín, 1 á 5.—Teléfono número 3541.—Barcelona (Gracia)





20 cénts.

Núm. 480

